

Fourteenth Sunday Cycle A | Come To Me And Take My Yoke

The Gospel for the 14th Sunday in Ordinary Time (Matthew 11:25–30) comes at the end of chapter 11.

Jesus thanks the Father, saying, *"I praise you, Father, Lord of heaven and earth, because you have hidden these things from the wise and the learned and revealed them to little ones."*

At first, this sounds surprising. Is Jesus against knowledge? Certainly not. The Church has always valued learning, theology, and education. What Jesus is speaking against is pride—the attitude that says, "I know everything. I don't need God." There is a big difference between information and relationships.

Many people know a great deal about Jesus. They know the Bible, the Catechism, Church history, and theology. But knowing facts about Jesus is not the same as having a personal relationship with Him.

Think of a simple example. Suppose you have read two books about the President of the United States. You know where he was born, where he studied, and everything about his life. But if you suddenly face a serious problem, can you simply call him? No. You know about him, but you don't know him personally.

Now imagine you are a close friend of the President. If you are in trouble, you can make a phone call because there is a relationship. That relationship makes all the difference.

The same is true in our spiritual life. Many Catholics know their prayers. They attend Mass. They know the commandments. All of these are important. But today's Gospel asks a deeper question: Do I have a personal relationship with Jesus Christ?

Once a little boy separated from his parents in a crowded airport. He was frightened and began to cry. Many adults came to help him.

One person asked, "What is your father's name?" The boy didn't know.

Another asked, "What does your father do?" He didn't know.

Someone asked, "Do you know your father's phone number?" Again, he didn't know.

It seemed he had very little information about his father.

Then a man walking through the airport heard the child crying. The little boy looked up, smiled, ran toward him, and shouted, "Daddy!" He jumped into his father's arms.

The child could not answer questions about his father, but he **knew his father**. And his father certainly knew him. That relationship saved him.

Another point to reflect on is this: Why do I avoid sin? Is it only because I fear punishment? Or is it because I love Jesus and I do not want to wound the One who loves me so much?

A loving relationship changes everything. We don't avoid sin simply out of fear; we avoid it because we don't want to hurt someone we love.

When we are in pain, whom do we call first? We call someone who loves us and has a relationship with us. Jesus wants to be that person in our lives. He wants us to turn to Him first, with the confidence of a child speaking to a loving Father.

So today, let us examine ourselves. I may know many things about God. I may know many prayers and teachings of the Church. But the real question is this:

Do I know Jesus personally? Does He have a place in my daily life? Do I speak with Him every day in prayer?

Jesus ends today's Gospel with one of the most comforting invitations in all of Scripture: "Come to me... Take my yoke upon you... for my yoke is easy and my burden is light." This sounds surprising. How can a yoke, a symbol of work and effort, be light?

First, understand the meaning of the yoke. A yoke is a wooden beam placed across two oxen so they can pull together. It was never a one-size-fits-all piece of wood. A good carpenter carefully measured each animal and made a yoke that fit perfectly. Otherwise it would wound the animal, make the work painful, and become ineffective. Jesus, who spent many years as a carpenter, knew this very well. When He says, "Take my yoke," He is saying, "I have prepared something that fits you perfectly." He knows our strengths, weaknesses, struggles, and limits better than we know ourselves.

Second, Jesus is carrying the burden with us. A yoke always joins two together. Jesus never asks us to pull the load alone. He is on the other side of the yoke. Last week we reflected on carrying the cross. A cross shared by two people becomes much

lighter than a cross carried alone. The same is true here. The burden becomes light not because life has no problems, but because Christ is sharing every step with us. Whenever we try to carry life without Him, we become exhausted. But when we walk with Him, even difficult trials become bearable.

Finally, the real obstacle is not the yoke; it is our heart. Earlier in today's Gospel, Jesus thanks the Father because these mysteries are revealed to the little ones, not to the proud and self-sufficient. Knowledge about God is not enough. We can know many facts about God and still keep Him at a distance. Pride, arrogance, and self-reliance become stumbling blocks. The humble person enters into a relationship with Christ and allows Him to lead. Every disciple needs this spiritual training. The yoke is not a punishment; it is a school of discipleship. If we accept it willingly, it becomes light. If we resist it, even small duties become heavy.

Today Jesus asks each of us a simple question: Are you willing to be yoked to Me? If we walk with Him in humility, trust, and love, we will discover that His yoke truly is easy, His burden truly is light, and our lives will be transformed.

May the Lord give us humble hearts to walk beside Him every day. **Amen.**

Decimocuarto Domingo, Ciclo A | Vengan a mí y tomen mi yugo

El Evangelio del 14.º Domingo del Tiempo Ordinario (Mateo 11, 25-30) aparece al final del capítulo 11.

Jesús da gracias al Padre diciendo: "*Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños*".

A primera vista, esto resulta sorprendente. ¿Está Jesús en contra del conocimiento? Ciertamente no. La Iglesia siempre ha valorado el saber, la teología y la educación. Lo que Jesús rechaza es el orgullo: esa actitud que dice: "Lo sé todo. No necesito a Dios". Existe una gran diferencia entre la información y las relaciones.

Muchas personas saben mucho sobre Jesús. Conocen la Biblia, el Catecismo, la historia de la Iglesia y la teología. Pero conocer datos sobre Jesús no es lo mismo que tener una relación personal con Él.

Pensemos en un ejemplo sencillo. Supongamos que has leído dos libros sobre el presidente de los Estados Unidos. Sabes dónde nació, dónde estudió y todo sobre su vida. Pero si de repente te enfrentas a un problema grave, ¿puedes simplemente llamarlo por teléfono? No. Sabes cosas sobre él, pero no lo conoces personalmente.

Ahora imagina que eres amigo íntimo del presidente. Si tienes un problema, puedes llamarlo porque existe una relación. Esa relación marca toda la diferencia.

Lo mismo ocurre en nuestra vida espiritual. Muchos católicos conocen las oraciones. Asisten a Misa. Conocen los mandamientos. Todo esto es importante. Pero el Evangelio de hoy plantea una pregunta más profunda: ¿Tengo una relación personal con Jesucristo?

En una ocasión, un niño pequeño se separó de sus padres en un aeropuerto abarrotado. Estaba asustado y comenzó a llorar. Muchos adultos se acercaron para ayudarlo.

Una persona preguntó: "¿Cómo se llama tu padre?". El niño no lo sabía.

Otra preguntó: "¿A qué se dedica tu padre?". Tampoco lo sabía.

Alguien preguntó: "¿Sabes el número de teléfono de tu padre?". De nuevo, no lo sabía.

Parecía que tenía muy poca información sobre su padre.

Entonces, un hombre que caminaba por el aeropuerto escuchó al niño llorar. El niño levantó la vista, sonrió, corrió hacia él y gritó: «¡Papá!». Saltó a los brazos de su padre.

El niño no podía responder preguntas sobre su padre, pero **lo conocía**. Y su padre, ciertamente, lo conocía a él. Esa relación lo salvó.

Otro punto para reflexionar es este: ¿Por qué evito el pecado? ¿Es solo porque temo el castigo? ¿O es porque amo a Jesús y no quiero herir a Aquel que tanto me ama?

Una relación de amor lo cambia todo. No evitamos el pecado simplemente por miedo; lo evitamos porque no queremos hacer daño a alguien a quien amamos.

Cuando sufrimos, ¿a quién llamamos primero? Llamamos a alguien que nos ama y con quien tenemos una relación. Jesús quiere ser esa persona en nuestras vidas. Quiere que acudamos a Él en primer lugar, con la confianza de un niño que habla con un Padre amoroso.

Así que hoy, examinémonos. Puede que sepa muchas cosas sobre Dios. Puede que conozca muchas oraciones y enseñanzas de la Iglesia. Pero la verdadera pregunta es esta:

¿Conozco a Jesús personalmente? ¿Tiene Él un lugar en mi vida cotidiana? ¿Hablo con Él todos los días en la oración?

Jesús concluye el Evangelio de hoy con una de las invitaciones más reconfortantes de toda la Escritura: «Vengan a mí... Tomen mi yugo sobre ustedes... porque mi yugo es suave y mi carga ligera». Esto resulta sorprendente. ¿Cómo puede un yugo — símbolo de trabajo y esfuerzo— ser ligero?

En primer lugar, hay que entender el significado del yugo. Un yugo es una pieza de madera que se coloca sobre dos bueyes para que puedan tirar juntos. Nunca era una pieza de madera de medida estándar. Un buen carpintero medía cuidadosamente a cada animal y fabricaba un yugo que se ajustara perfectamente. De lo contrario, heriría al animal, haría doloroso el trabajo y resultaría ineficaz. Jesús, que pasó muchos años como carpintero, lo sabía muy bien. Cuando dice «tomen mi yugo», está diciendo: «He preparado algo que se ajusta perfectamente a ti». Él conoce nuestras fortalezas, debilidades, luchas y límites mejor que nosotros mismos.

En segundo lugar, Jesús lleva la carga con nosotros. Un yugo siempre une a dos seres. Jesús nunca nos pide que tiremos de la carga solos. Él está al otro lado del yugo. La semana pasada reflexionamos sobre cargar la cruz. Una cruz compartida por dos personas se vuelve mucho más ligera que una cruz llevada en solitario. Lo mismo ocurre aquí. La carga se vuelve ligera no porque la vida carezca de problemas, sino porque Cristo comparte cada paso con nosotros. Siempre que intentamos afrontar la vida sin Él, terminamos agotados. Pero cuando caminamos con Él, incluso las pruebas difíciles se vuelven llevaderas.

Por último, el verdadero obstáculo no es el yugo, sino nuestro corazón. En una parte anterior del Evangelio de hoy, Jesús da gracias al Padre porque estos misterios son revelados a los pequeños, y no a los soberbios y autosuficientes. El conocimiento sobre Dios no basta; podemos conocer muchos datos acerca de Él y, aun así, mantenerlo a distancia. El orgullo, la arrogancia y la autosuficiencia se convierten en obstáculos. La persona humilde establece una relación con Cristo y permite que Él la guíe. Todo discípulo necesita esta formación espiritual. El yugo no es un castigo; es una escuela de discipulado. Si lo aceptamos voluntariamente, se vuelve ligero. Si nos resistimos a él, incluso las pequeñas obligaciones se tornan pesadas.

Hoy Jesús nos hace a cada uno una pregunta sencilla: ¿Estás dispuesto a llevar mi yugo? Si caminamos con Él en humildad, confianza y amor, descubriremos que su yugo es verdaderamente llevadero y su carga verdaderamente ligera, y nuestras vidas serán transformadas.

Que el Señor nos conceda corazones humildes para caminar junto a Él cada día.
Amén.